

PÉREZ GALDÓS Y LOS MOVIMIENTOS SOCIOPOLÍTICOS Y CULTURALES DE SU TIEMPO

por el Académico de Número
EXCMO. SR. D. CARLOS OLLERO GÓMEZ *

No estoy tan seguro como para poder afirmar que nunca se habló en nuestra Academia de la ingente figura de Pérez Galdós. De lo que hasta ahora he investigado así lo deduzco. En todo caso creo existe una inhibición penosa con ocasión de la muerte de nuestro primer novelista español, acaecida el 4 de enero de 1920. Cuatro días después del fallecimiento hizo don Antonio Maura, en nombre de la Academia de la Lengua, un magnífico discurso necrológico, admirable tanto por su fondo como por su forma y documentación.

Es cierto que Galdós fue un literato, pero existen razones para no considerar ni su personalidad, ni su vida, ni su obra, asuntos ajenos a esta Academia; fue actor muy señalado en nuestra vida pública y el tema fundamental de su producción fue la sociedad española, observada y descrita en su globalidad. En todo caso, y cada vez más, desde hace mucho tiempo la literatura se estudia como fenómeno social e incluso político ¹ y, por lo mismo, no ajeno a la titularidad de nuestra Casa. Sirvan estas introductorias palabras no como reproche a nuestros antecesores, sino como justificación al título de mi intervención hoy.

De acuerdo con el título de esta intervención, no voy a tratar de los aspectos propiamente literarios de Pérez Galdós, tema que, un tanto ajeno a mis dedicaciones intelectuales, dejo para otros más diestros que yo. Me voy a centrar concretamente en

* Sesión del día 30 de abril de 1991.

¹ En 1976 publiqué un libro, *La sociedad y la política como tema literario* —con el subtítulo «Reflexiones sobre Honorato de Balzac», en donde abordé la cuestión de las cualificaciones sociales de la literatura. Me detuve especialmente en el tránsito que se operó desde la búsqueda de «la verdad» a la consecución de la «veracidad» en la obra literaria.

la relación de Galdós con movimientos socio-políticos y culturales de su tiempo. Me referiré concretamente a algunos. La relación que voy a dar no debe inquietaros respecto al tiempo que voy a distraer vuestra atención: sólo serán alusiones breves, aunque creo que expresivas: krausismo, positivismo, el problema religioso, realismo y naturalismo, la generación del 98, regeneracionismo, republicanismo y socialismo.

GALDÓS Y EL KRAUSISMO ²

Aunque Galdós tuvo en la Universidad contacto con figuras del krausismo —uno de sus maestros fue don Fernando de Castro—, la influencia de dicha tendencia filosófica se operó más directamente por otras vías. Por lo pronto, el joven Galdós vivió intensamente en los medios políticos del progresismo liberal, no radicalista. Esta tendencia fue realmente la transposición política, si no de la filosofía, al menos de la «actitud krausista» ³.

La prensa en que Galdós colaboró durante sus años mozos era prensa que el krausismo consideró como suya, con la misma exactitud al menos que ella estimó al krausismo como armazón doctrinal. Fue el Ateneo donde Galdós entró en contacto con las personalidades más importantes del krausismo y donde tuvo ocasión no de intervenir (Galdós era retraído, poco amigo de intervenciones públicas y de polémicas culturales), pero sí de asistir a las múltiples sesiones y debates que se dedicaban en la época a la filosofía importada por Sanz del Río.

El krausismo, pasados los primeros años, adquirió un significado que excedió con mucho del de su propio sistema filosófico y pasó a ser, como acabo de apuntar, más que una doctrina, una tendencia, una «actitud» cifrada esencialmente en un concepto radicalmente liberal de la vida individual y colectiva, basada en una dialéctica que se sintetizó como conclusión social en la «tolerancia».

Sobre ese supuesto, bien preciso históricamente pero vago y extenso en demasía, se levantó una bandera anclada en la voluntad de la reforma y en el espíritu de

² Del krausismo en Pérez Galdós se ocupan: Ángel DEL RÍO, *Estudios galdosianos*, Zaragoza, 1935; Sherman EOFF, *The novels of Pérez Galdós. The concept of life as dynamic process*; Gerald CLARKE, *The Christian Ideal in Selected Novels of Benito Pérez Galdós*, University of Pennsylvania, 1968, págs. 231-238; W. H. SHOEMAKER, «A Note on Galdós: "Religion in Gloria"», *Anales galdosianos*, XI, 1946, págs. 109-116; Juan LÓPEZ MORILLAS, *El krausismo*; Juan LÓPEZ MORILLAS, «Galdós y el krausismo», *Revista de Occidente*, año VI, 2.ª época, núm. 60, que fundamentalmente se limita a un tema monográfico, el de *La familia de León Roch* confrontada con la *Mimuta de un testamento*, de Gumersindo DE AZCÁRATE (1876).

³ Digo a la filosofía porque, aparte algunos conceptos básicos que en definitiva inciden en la ciencia política, sobre el contenido de ésta entiendo yo que la única aportación krausista fue la de su concepción socio-política del «organicismo». Según Enrique Tierno (*Costa y el regeneracionismo*, Madrid, 1961, pág. 179), en un libro mío fue «notada por primera vez» la conexión entre el krausismo y el tradicionalismo al escribir así: «Hay algo que puede parecer sorprendente y que queremos tan sólo señalar aquí: la relación interna no muy explícita, pero indiscutiblemente implícita y significativa entre el corporativismo gremialista del tradicionalismo y el organicismo krausista español». Con ello tocamos uno de los fenómenos culturales más destacados del siglo XIX español. *Estudios de ciencia política*, 1956, pág. 135).

protesta. Habían de pasar unos años, pocos, para que pudiera hablarse —se asegura que por Posada— de un krausismo «positivo» que, centrando su atención en la educación de los españoles, granó en la Institución Libre de Enseñanza.

Es evidente que Galdós —que además como periodista vivió las Cortes Constituyentes de 1869, tan impregnadas de espíritu krausista— fue notoriamente influido por éste. Le unía a él, entre otras cosas, la valoración de la educación en el propósito de reformar el hombre y el medio social político, y su fe en la «tolerancia» como instrumento de concordia y de pacífica convivencia entre los españoles.

La relación de Galdós y el krausismo se transparenta en las novelas de esta época, que son las que más la han evidenciado. Especialmente en *Gloria*, la huella krausista es patente.

La tesis krausista de que todas las religiones contienen alguna verdad y su conclusión en favor de una religión única y universal, anclada últimamente en la conciencia y vertebrada por la idea central de la tolerancia, se reflejan en los dos grupos religiosos descritos en *Gloria*: el católico y el judío. Antagonismo que impregna las actitudes amorosas y discursivas —más discursivas que amorosas— de la protagonista —católica— con Daniel —judío—. En todo caso, *Gloria*, que superó el valor estético y en forma creadora a los dos arquetipos literarios del krausismo (la *Minuta de un testamento*, de Azcárate, y la *Novela de Luis*, de Villarmino), no colmó de satisfacción a la crítica krausista. Menos aún ocurrió con la otra novela de Galdós, también considerada como expresión de su supuesto krausismo, *La familia de León Roch*. En ésta, el protagonista es un joven de buena familia, laico y racionalista, que Galdós hizo de Krause con la decepción y el reproche de don Francisco Giner de los Ríos, con quien por cierto Galdós no tuvo trato ni regular correspondencia. Giner consideró a León insignificante, y se lamentó de que Galdós causara con ello un grave daño no sólo a la estética, sino también a la alta representación que en él había querido encarnar el escritor. Análoga fue la crítica de *Clarín* y por la misma motivación y desengaño ⁴.

En verdad el krausismo o al menos resonancias krausistas se enhebran a lo largo de gran parte de la obra galdosiana. Sea como abogado de una tolerancia religiosa (*Doña Perfecta*, *Gloria*, *La familia de León Roch*, *Electra*, *Casandra*, *Sor Simona* y *Santa Juana de Castilla*) o como profeta que anhela y percibe una sensación más racional y provechosa del individuo y de la sociedad (*La desheredada*, *El amigo Manso*, *Tormento*, *Tristana*, *El caballero encantado*, *La razón de la sinrazón*) ⁵.

⁴ En todo caso, sobre las críticas de Giner y de *Clarín* habría que matizar, como lo hace Denah Lida en su citado estudio polemizando con Cacho Vítu (*La Institución Libre de Enseñanza y la educación en España*, Universidad de Buenos Aires, 1957).

⁵ Esta panorámica de la producción galdosiana de impronta krausista que nos ofrece Daría J. Montero-Paulson (*La jerarquía femenina en la obra de Galdós*, Editorial Pliegos, 1988) hay que matizarla, de acuerdo con lo dicho anteriormente, en el sentido de que el krausismo pasó a ser de una filosofía a una «actitud» y que gran parte del krausismo de Galdós se refiere a ésta más que aquélla.

Por lo demás, a veces Pérez Galdós se burla un poco de las exageraciones o aplicaciones del krausismo. Buen ejemplo de su burla son Máximo Manso (*El amigo Manso*), que llega a ser una parodia del krausismo, y José Bailón, cura exclaustrado que cultiva un vago panteísmo y escribía folletines de filosofía fraternal ⁶.

Doña Perfecta, sin duda mucho mejor creación artística que las dos citadas, no tiene tanto empaque ideológico positivo, pero abre —es la primera de las tres— el enfrentamiento de Galdós con la realidad española contemporánea, al tocar la esencia misma del problema básico que para Galdós causaba el desgarramiento de la conciencia española: el problema religioso.

Doña Perfecta, interpretación simbólica de la realidad española, es la novela contra el fanatismo y la hipocresía. Tiene un sentido desvelador y crítico y no la pretensión dogmatizadora y metafórica de *Gloria* ni el dramatismo ideológico subyacente en *La familia de León Roch*, si bien en ésta «el problema religioso no se plantea en un mundo imaginario y fantástico, sino en la realidad de la vida y de las costumbres de los seres de carne y hueso de la sociedad de su tiempo».

GALDÓS Y EL POSITIVISMO

Si *Gloria* y *La familia de León Roch* llevan aparejadas la relación de Galdós con el krausismo, *Marianela* se asocia con el «positivismo» ⁷

Fue también probablemente el Ateneo el marco en que Galdós recibió el impacto positivista, aparte escasas y apresuradas lecturas de libros que respondían a la tendencia. Allí se produjeron importantes debates en los años 1875 y 1876, resumidos por don Gumersindo de Azcárate. Hemos dicho el impacto y no la noticia porque, como muestra Pattison en algunos artículos de la revista *España*, publicados en 1872, Galdós se refiere al positivismo con alborozo pero con cautela, ponderando «los estragos —son sus palabras— que en entendimientos muy ilustrados hace la escuela». Pese a esa cautela era muy fuerte el impulso adquirido por Galdós en *Doña Perfecta* —a cuyo Pepe Rey hizo decir cosas rotundas contra la imaginación, en defensa de la realidad— y estaban muy aclaradas en el Galdós de la época de sus visiones histórico-sociológicas para que, en definitiva, no se encontrara atraído hacia la concepción de Augusto Comte. Esta atracción era explicable, como asevera Pattison, tanto por la dosis de verdad que veía en ella, cuanto por lo que le servía de firme soporte, referencial al menos, para su creciente posición realista, cuanto, en fin, porque era una novedad casi popular en su

⁶ Véanse en cuanto a este personaje las novelas de Pérez Galdós *Torquemada en la boguera*, 1889, y *Torquemada en la cruz*, 1893 (Daría J. MONTERO-PAULSON, *ob. cit.*, pág. 160).

Menos contundente que Daría J. Montero-Paulson al señalar las obras de Galdós tributarias del krausismo es Denah Lida en su magnífico trabajo sobre «El krausismo en Galdós», en el que examina *La familia de León Roch*, *La desheredada*, *El doctor Centeno* y *El amigo Manso* con abundantes notas bibliográficas, la mayor parte comentadas (*Anales galdosianos*, II, 1927).

⁷ Sobre el «positivismo» galdosiano: W. T. PATTISON, *Galdós and the Creative Process*, University of Minnesota Press, 1954, págs. 114 y ss. También Marce A. WELLINGTON, *Marianela*, edición de J. Casalduero.

época. En todo caso —con un giro muy galdosiano—, trocó la cautela por la melancolía, no renunciando sin pena al sacrificio de la imaginación ⁸.

Marianela —como ha visto Casaldueiro ⁹— evidencia la aplicación de los tres estadios comteanos en los personajes centrales: Marianela, imaginativa y fantástica, representa al teológico; Pablo, el frío y racionalista Pablo, que al curar su ceguera huye de la insignificante criatura femenina, representa al metafísico, y Teodoro Golfín, el médico, el científico, que cura a Pablo, representa el positivo. Pero Galdós ni en sus momentos más decididos y conclusos se entrega plenamente. Golfín llega a afirmar, golpeándose el cráneo con las manos: «Una cosa sé, que no sabemos más que fenómenos superficiales; señora, no soy más que un carpintero de los ojos.» Y en definitiva, con el programa frío de un esquema intelectual, Galdós ha escrito su más hermosa y conmovedora historia, y la protagonista de esta novela fue, tal vez, la más amada de todas sus criaturas. «¡Nela, Nela!», exclamó enternecido y temeroso, poco antes de morir, ya ciego y casi olvidado, tanteando en el espacio vacío, al escuchar la voz de Margarita Xirgu que protagonizaba en «El Español» la adaptación realizada por los Quintero.

EL PROBLEMA RELIGIOSO

La publicación de las novelas «tendenciosas» ¹⁰ produce, pese a las muy sensibles diferencias doctrinales y, sobre todo, emocionales de Galdós con la izquierda ideológica española, su alineación en una postura que andando el tiempo había de ser apodada, con dudoso rigor histórico y escasa comprensión cristiana y nacional, la «anti España». ¡Bien por lo que sintió Galdós, tan amorosamente predispuesto desde su juventud a servir a la integración y no a la separación entre los españoles! Y no debió ser poca la tristeza que le produjeron las acervas críticas de entrañables amigos como Pereda y Menéndez Pelayo, más hirientes y más certeras las de éste que las de aquél. La amistad entre ellos no fue empañada por tales discrepancias; Pereda mostró varias veces su admiración por Galdós y don Marcelino, al contestar a don Benito en la Real Academia, tuvo palabras de noble y significativa disculpa. Por su parte, Galdós prologó con entusiasmo *El sabor de la tierruca* del cantor de la montaña y testimonio siempre a Menéndez Pelayo su admirada devoción.

⁸ En todo caso creo que Galdós, cuando habla de «positivismo», generalmente no pretende su defensa sistemática y la aplicación a su obra literaria. En verdad lo utiliza para explicarnos su paso al «realismo» y al «naturalismo», haciéndole terciar en la posible antinomia que en Galdós apenas existió entre «imaginación» y «realidad». Además, el término «positivismo» suele aparecer, como era frecuente en su época, para denunciar el afán por el goce de bienes materiales y el insaciable enriquecimiento de la alta burguesía de su tiempo.

⁹ Joaquín CASALDUERO, *Vida y obra de Galdós*, Losada, S. A., 1943, pág. 60.

¹⁰ Llámense así tal vez por influencia, al menos semántica, alemana a las que Galdós escribió desde 1876 a 1879 (*Doña Perfecta*, 1876; *Gloria*, 1877; *Marianela*, 1878, y *La familia de León Roch*, 1879). En sentido amplio algunos incluyen *El audaz*, 1871. La calificación «tendenciosa» no suele tener sentido peyorativo y viene a significar «acentuadamente ideológica».

No queremos insistir en el aspecto religioso de la vida y obra de Galdós. No ya su espiritualismo, sino también su profunda religiosidad, su sincero cristianismo y su sustancia católica fueron reconocidos por cuantos no estimaron preciso identificar los eternos y supremos intereses de la Iglesia con ciertas inflexiones excesivamente acentuadas de muchos sectores católicos, clérigos y seglares en los asuntos públicos. De uno de los que más deploraron esas inflexiones son estas palabras: «Cuando pensamos en la manera de obrar que algunos católicos adoptan como norma de conducta, se ofrece a nuestro espíritu una gran pena. Hay que huir de pasiones partidistas y de la equivocada opinión de los que mezclan y cómo identifican la religión con un determinado partido político, hasta el punto de tener poco menos que por disidentes del catolicismo a los que no pertenecen a él.» Estas palabras las escribió el prudente y sabio León XIII, contemporáneo de Galdós —que él por cierto alabó varias veces— en su encíclica *Cum multa* (8 de diciembre de 1882) —quinto año de su pontificado—, dedicada precisamente a España y a muchos de sus famosos «neos» que extremaban su celo hasta límites intolerables para la propia silla apostólica ¹¹.

Los juicios y posturas sobre Galdós y la religión son muchos y muy diversos; desde los que aseguran la irreligiosidad de nuestro novelista hasta los que afirman exactamente lo contrario. Escogemos al puro azar los nombres de Julio Cejador y Franca ¹² y Scatori Estephen ¹³, entre los primeros, y al azar también el de Ignacio Elizalde, jesuita, entre los segundos ¹⁴. Elizalde, tras manifestar que «la crítica de aquel tiempo era apasionada, apriorística, sin rigor ni serenidad científica» y que «desde entonces ha cambiado profundamente la sociedad y su ideología», llega a afirmar: «ninguna persona puede admitir hoy el anticatolicismo de Galdós» y «tampoco es antirreligioso» ¹⁵. Dejamos para otra ocasión tratar de la llamada «figura

¹¹ El problema religioso en nuestro país está esbozado ya por Galdós desde 1870 en sus *Observaciones sobre la novela contemporánea en España*: «mientras que en una parte la falta de creencias afloja o rompe los lazos morales y civiles que forman la familia, en otras produce los mismos efectos el fanatismo y las costumbres devotas». Esto figura escrito en el citado estudio galdosiano cerca de seis años antes que las novelas «tendenciosas».

¹² *Historia de la Lengua y Literatura castellana* (Madrid, 1928, VIII), pág. 222: «En las novelas de Galdós todo clérigo, toda persona piadosa, todo católico suele ser odioso y extremado en lo clerical, en la intransigencia, en la dureza de criterios, en el fariseísmo. Hay muchos en España que no son así... nunca salen a relucir sus virtudes católicas...»

¹³ «La idea religiosa en la obra de Pérez Galdós» (tesis doctoral, Toulouse, 1927), pág. 127: «Galdós se muestra abiertamente anticlerical y anticatólico no sólo en sus obras «tendenciosas», sino también en el curso de otras muchas.»

¹⁴ *Pérez Galdós y su novelística*, Universidad de Deusto, 1981, págs. 114 y ss. Cita, entre otros textos, el artículo de Galdós del 15 de octubre en «Revista de la semana», de *La Nación* (V. SHOEMAKER, *Los artículos de Galdós en «La Nación»*), con motivo del cólera: «Hoy no faltan oraciones ni lágrimas allí donde el espíritu de Dios ha descendido y donde produce efectos milagrosos el bálsamo de la religión. Rindamos un tributo de admiración y respeto al clero parroquial, que en los días aciagos no abandona el lecho del enfermo.»

¹⁵ Galdós no pretendió hacer propaganda antirreligiosa. Se propuso, por medio de ficciones, presentar la realidad española en el aspecto que más le preocupaba (Federico DE ONÍS, «Nosotros», 1928, incluido en *El concepto contemporáneo de España*, 1946).

Christi» en Galdós, tema sobre el que existe un interesantísimo trabajo de Frank Bowman ¹⁶.

No pocos de los más claramente influidos por el krausismo adoptaron posiciones muy positivas hacia realizaciones y figuras de la Iglesia, menos implicada en aquellas excesivas reflexiones que los seculares intransigentes. Hubo incluso un movimiento católico-literario integrado por sacerdotes que, bajo notoria influencia francesa y alemana, publicaron un periódico (*La Armonía*), recibido por Galdós con palabras de encendido elogio.

Ni cuanto llevamos dicho, ni las reiteradas admiraciones, a menudo entrañables, de Galdós para sacerdotes o jerarquías, ni el reconocimiento por su parte de la labor positiva de la Iglesia, ni siquiera el crucifijo que presidió siempre el dormitorio de Galdós pueden hacer olvidar sus fricciones con el catolicismo. Con propias palabras de Menéndez Pelayo, diremos que «a nadie es lícito penetrar en las conciencias y que, en definitiva, la única autoridad que puede hacerlo no ha usado, y ella sabe bien por qué, los medios reprobatorios que a su alcance tiene» ¹⁷.

A la vista de la evolución de las cosas hacia un nuevo humanismo ecuménico, hoy merecerá más censura que nunca cierto artículo publicado, aún tibios los restos de Galdós, en una revista que ahora por fortuna, de acuerdo con las profundas verdades del catolicismo, equilibra mejor y con más justa medida la Razón con la Fe ¹⁸.

¹⁶ «On the Definition of Jesus in Modern Fiction» (en *The Christ Figure in the Novels of Pérez Galdós*, Ed. R. Cardona y A. N. Zahereas, págs. 1-14). En el examen a este respecto de la literatura occidental desde 1780 hasta 1940 establece hasta siete categorías que define y estudia.

A su vez esta figura corresponde al sexto grupo de la jerarquía femenina en Galdós establecido por Daría J. Montero-Paulson, grupo en el que incluye a Guillermina Pacheco (*Fortunata y Jacinta*, 1886-87; *Ángel Guerra*, 1990-91), Victoria Moncada (*La loca de la casa*, 1892), «Nazarín» (en la novela del mismo nombre, 1895), Benina (*Misericordia*, 1897), sor Simona (*Sor Simona*, 1915) y doña Juana Reina de Castilla (*Santa Juana de Castilla*, 1918). Daría J. MONTERO-PAULSON, *La jerarquía femenina en la obra de Galdós*, Madrid, 1988, pág. 160).

¹⁷ Como es sabido, en torno al tema religioso se produjo una viva polémica epistolar entre Pereda y Galdós, que eran y siguieron siendo grandes amigos y que en cierta forma cierra Galdós con estas palabras en sus *Memorias de un desmemoriado*: «Ni Pereda es tan clerical ni yo tan librepensador» (sobre la polémica, Carmen BRAVO VILLASANTE, *Galdós visto por sí mismo*, Madrid, 1970, págs. 79 y ss.).

¹⁸ No nos resistimos a mencionar otras citas que abundan en sentido positivo —que es el mío— sobre el tema:

Gregorio Marañón, en su *Elogio y nostalgia de Toledo*, nos habla de Galdós: «... señalado como heterodoxo pero cuya costra de circunstancial anticlericalismo ocultaba su auténtica religiosidad».

Federico Sainz de Robles, al que nadie podrá negar un conocimiento exhaustivo de toda la obra galdosiana (autor del censo de personajes de Galdós, en donde se recoge noticia y semblanza de cada uno), nos dice en *Galdós, novelista a salvo*: «por cada clérigo de vida irregular nos presenta emocionado a seis o siete clérigos de conducta irreprochable, modelos de virtud humana y de ejemplaridad estimulante».

Un reconocido galdosiano como Francisco Rodríguez Batllori (*El sentimiento religioso de Galdós*) pondera la religiosidad de Galdós y se nos remite a un artículo de don Benito escrito en diciembre de 1865, días después de la festividad de la Inmaculada, en las páginas del diario madrileño en que colaboraba, una jaculatoria breve e inspirada, que sólo un fervor religioso puede dictar.

REALISMO Y NATURALISMO ¹⁹

Creemos que lo más importante y resolutivo de la producción de Galdós son sus *Novelas contemporáneas*. Aunque sólo hubiera escrito esas novelas, la figura de Galdós seguiría sobresaliendo cimera en la literatura española, sin otra competencia que la del autor del *Quijote* ²⁰.

No vamos a entrar, claro está, en un examen literario, sino tan sólo a señalar que tras las dos primeras, en que rinde tributo al naturalismo vigente —sin que, a juicio de Menéndez Pelayo, llegara nunca al determinismo ni al materialismo—, Galdós escribe en «realista». Ahora bien, aun dentro de ese realismo se opera en Galdós una evolución importante para la comprensión del proceso interno de su vida y de su obra. Galdós va a superar pronto el realismo que podríamos llamar inmanentista o estructural, y va a realizar con éxito el intento de trascender la realidad externa para afirmarse sobre ella. El giro es significativo porque irá acentuando su espiritualismo individualista, preparando desde las entrañas mismas de su proceso de creación artística un cambio que habrá de exteriorizarse en la etapa siguiente. Anotemos que aquel giro es ostensible en su novela *Realidad* y que su obra teatral comienza precisamente escenificando esta novela.

Es cierto que Galdós, con *La desheredada*, inicia un cierto naturalismo literario que pronto denunciaron, unos para su alabanza y para su crítica otros. Es también cierto que Galdós, en reacción a su postura anterior, nos ofrece en la citada novela y algunas otras, aunque con moderada intensidad, un reflejo del naturalismo ultrapi-renáico. Pero, como el propio Menéndez Pelayo proclamó, la dosis naturalista de Galdós representó una reacción en cierto modo necesaria contra las «quimeras y alucinaciones del idealismo, enteco y amanerado». Añade Menéndez Pelayo que nuestro autor no fue materialista ni determinista nunca ²¹. El propio Galdós, prologando *El sabor de la tierruca*, de su entrañable amigo Pereda, aseguraba que «lo esencial del naturalismo lo teníamos en casa desde tiempos muy remotos».

¹⁹ La etapa que va de 1881 a 1898 es la gran etapa literaria de Galdós. Durante ella escribió la casi totalidad de sus *Novelas españolas contemporáneas*, desde *La desheredada*, aparecida en 1881, hasta *Misericordia* y *El abuelo*, que vieron ambas la luz en 1897. Fue también en esta época cuando inició Galdós su producción teatral al escenificar una de sus novelas (*Realidad*). Veintiuna novelas y ocho obras teatrales, además de multitud de artículos en periódicos y revistas y del discurso de ingreso en la Real Academia (1897), precisamente sobre el tema «La sociedad presente como materia novelable», y muchos viajes por casi toda la geografía de España y Europa.

²⁰ Un aspecto interesante, el de la carga irónica del realismo galdosiano, está estudiado en el libro de Michael NIMETZ *Humor in Galdós. A study of the "Novelas contemporáneas"*, Yale University Press, New Haven and London, 1968, en especial el capítulo 1, págs. 3-39.

²¹ «Tomó del naturalismo el procedimiento experimental y detallista, así como la intención de buscar el sentido humano integral en lo más bajo y miserable, en las zonas tanto sociales como individuales donde los instintos se manifiestan libres, sin el dominio de una idea superior que los ordena y arregla... pero rechazó del naturalismo lo más inadmisibles y flojo... su filosofía, su concepto mecánico de la vida, el aparato científico con que se trataba de presentar las conclusiones del determinismo.» (Ángel DEL RÍO, *Estudios galdosianos*, Zaragoza, 1953, pág. 119).

En definitiva, lo que hizo Galdós en sus *Novelas contemporáneas* fue realismo: y ni siquiera el realismo que he llamado inmanente y estructural de otros realismos nacionales y sobre todo extranjeros, sino un realismo transido de sentir humano, de ternura psicológica y de optimismo, basado en las infinitas posibilidades del alma humana para conllevar animosamente el condicionamiento de lo meramente fáctico.

Pero no debemos alejarnos demasiado de nuestro punto de arranque. La evolución ostensible de las *Novelas contemporáneas* es ésta: Galdós va a superar —Galdós permanentemente renovador y renovado— el profundo realismo de sus primeras novelas, en las que voluntariamente se ha sumergido en la realidad circundante hasta confundirse con ella, adentrándose en una realidad espiritual y subjetiva. El punto de inflexión lo marca el tránsito de *La incógnita* (febrero de 1889) a *Realidad* (julio de 1889), saltando sobre el *Torquemada en la boguera* (febrero del mismo año).

LA POLÍTICA Y LA SOCIEDAD DE LA RESTAURACIÓN

La primera beneficiada con la bandera de la «tolerancia» que Galdós esgrimiera tan fervorosamente en sus novelas de «tesis» fue la monarquía alfonsina, pues a partir de la publicación de esas novelas Galdós inicia una actitud de aceptación progresiva de la forma dinástica restaurada. Sagasta se hizo cargo del poder precisamente el mismo día que murió Alfonso XII, y el nuevo Gobierno, saludado por Galdós con esperanza, ofreció y obtuvo de don Benito un acta de diputado. El asentimiento de Galdós —debido a causas muy complejas, de entre las cuales no es leve la reacción patriótica provocada por el atentado alemán contra las islas Filipinas— fue servido con indolencia, pero con lealtad; la contestación del Gobierno al discurso de la Corona fue su primer servicio literario a la causa sagastina. No hay que decir que aparte del aval, casi nacional, que a dicha causa prestó Galdós con su propio nombre, la actividad especialmente política del autor de *Misericordia* fue casi nula, consecuencia en gran parte de su creencia en que el punto central de la actividad política, individual y colectiva, residía, más que en las doctrinas e instituciones, en la fuerza moral y en la integridad de las conciencias.

Al final de siglo explicitó claramente que el progreso nacional estaba ligado a una comprensión del carácter nacional a la luz de la continuidad histórica aplicada a las realidades contemporáneas. La Restauración se aprovechó de Galdós para vincularlo a su engranaje político. Galdós se aprovechó de la Restauración —en esto como la mayor parte de sus conciudadanos— para instalarse con relativa quietud y calma en la vida española y, además, para enfocar desde los observatorios sociales más próximos la íntima estructura de la historia contemporánea. Quizá fue más generosa la Restauración con Galdós que Galdós con la Restauración; en todo caso, los que más recibieron fueron y somos los lectores de las *Novelas contemporáneas*.

No es necesario aclarar la aparente contradicción galdosiana de aceptar y colaborar en la Restauración y dedicarla después juicios especialmente duros. Ha de tenerse en cuenta que la actitud con que trata a la Restauración está contenida en obras y

escritos de final del XIX y primera veintena del XX. Galdós no fue un entusiasta partidario de la Restauración, sino más bien un esperanzado espectador que vio en ella la realización de posibilidades a su juicio no cumplidas. Es más, no resulta aventurado afirmar que esa desilusión tuvo mucho que ver con su época final pesimista y radicalizada ²².

La consideración galdosiana de la sociedad como tema literario está desarrollada en el discurso académico ya aludido y en un escrito anterior titulado *Observaciones sobre la novela contemporánea en España*. Es en este trabajo donde pregona centrarse más en las realidades sociales «urbanas», destacando entre ellas la que llama base de la sociedad moderna, «la clase media», «gran modelo e inagotable fuente —dice— para la novela realista». En los momentos iniciales de su fe, liberal y progresista en la burguesía española, asegura con aire polémico que ésta tiene la suficiente vitalidad y originalidad para servir de modelo a inaugurar una época ²³.

Galdós plantea dos aspectos de la clase media: uno, su vida externa, reflejada en la política, el comercio y la lucha por el progreso; otro, su vida interna y doméstica. El primero había de reflejarlo principalmente en los *Episodios*; el segundo, en sus *Novelas contemporáneas*. Es tal vez en aquéllos donde Galdós hace los más explícitos, agudos y significativos planteamientos sociológicos y donde concretamente nos ofrece el proceso subyacente de la externa realidad histórica. Distingue Galdós tres fases en la subida al poder de la burguesía española: la lucha heroica contra el absolutismo, la fase de realizaciones que siguió a la desamortización y el ocaso desde la Restauración alfoncina.

Es evidente que Galdós se identificó social y espiritualmente con la burguesía victoriosa. El proceso de su después confesada desvinculación es uno de los problemas más profundos e importantes a estudiar en Galdós. Durante mucho tiempo, la verdad es que Galdós tiene una visión bastante restringida de la clase media, visión que en las *Novelas contemporáneas* apenas se supera. La estratificación sociológica de

²² Por centrarse en el episodio *Cánovas* (1912), el último que escribió Galdós, creo conveniente citar aquí el trabajo de Francisco ABAD (UNED, Madrid) titulado «Positivismo y nacionalismo» (*Estudios históricos*, homenaje a los profesores José María Jover Zamora y Vicente Palacio Atard, editado por el Departamento de Historia Contemporánea de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid, 1990, dos volúmenes). En él leemos estas citas de Galdós: «la sociedad es positivista, egoísta, frívola, hipócrita» (en la Restauración). Los años primeros fueron «tiempos de glacial positivismo». «En las Cortes no reside ninguna parte de la soberanía».

Aparte sus abundantes referencias a lo largo de gran parte de su producción novelística propiamente dicha, *Cánovas* contiene una antología de improperios contra la política de la Restauración. Lo que no le impide expresar juicios positivos sobre algunos aspectos concretos —en especial a cuanto puede representar indicio de procesos de modernización— e incluso alabar ciertos rasgos de la personalidad del propio Cánovas, al que da la impresión de favorecer más que a Sagasta, del que fue diputado y en nombre de cuyo partido hizo la visita protocolaria de reconocimiento formal del recién nacido Alfonso XIII, al que luego distinguiera no poco.

²³ Sobre la sociedad descrita por Galdós la bibliografía no es mucha. Citamos especialmente, por merecerlo, el libro de Pilar FAUS SEVILLA *La sociedad española del siglo XIX en la obra de Pérez Galdós*, 1957 (premio «Antonio de Nebrija» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas).

Fortunata y Jacinta (1886), punto culminante de su visión realista, es algo más amplia, aunque, como nos dice Guyón, adolece aún de insuficiencia: «mundo popular» (Fortunata, Mauricia «la dura»), mundo burgués (los Santa Cruz, los Moreno Isla), mundo pequeñoburgués (los Rubín, doña Lupe, la de los pavos, el boticario Ballester), etcétera.

Pero después de *Bodas reales* (1900) anota la existencia y significación social de un estrato de alta burguesía —la que llama de «la propiedad»— que por la fuerza del dinero va entrando, mediante la compra de títulos especialmente, en la aristocracia; nueva clase a la que vincula, con cierto desparpajo, el partido de los «moderados». Su confesada y antes entusiasta afección a la clase media burguesa va a variar en seguida: coincide con la radicalización de su postura, en los comienzos de siglo, y es producto, por un lado, del duro golpe recibido por la burguesía con «el desastre» y, por otro, del proceso permanente de polarización del estrato burgués en baja clase media, prácticamente popular, y alta burguesía, prácticamente aristocrática.

A partir de *Electra*, Galdós es ungido como representante maestro indiscutible de las tendencias revisionistas y «regeneradoras», desde las más suavemente liberales a las de más acentuado radicalismo librepensador. Después de treinta años de ponderado esfuerzo por unir a sus conciudadanos, *Electra*, al tocar acerbamente la fibra más sensible y polémica del momento (clericalismo y anticlericalismo), estimula, bien a su pesar, el desgarramiento bipolar español. No mucho después iba a sufrir Galdós los efectos: una amplísima conspiración, en la que jugaron desde la Real Academia de la Lengua a la Federación de Estudiantes, impide a Galdós obtener el premio Nobel, para el que fue presentado por lo mejor y más señalado de las fuerzas intelectuales y literarias de la época. Es verdad que no pocas personalidades, nada radicales, aplaudieron *Electra*, desde Benavente al propio don Marcelino Menéndez Pelayo, pasando por Ramiro de Maeztu; es cierto que las jóvenes generaciones mostraron su adhesión a Galdós, en forma que explicitó la fundación de una revista del grupo del «98» que llevó el nombre de la obra; es cierto, también, que entre los que defendieron la candidatura de Galdós ante la Academia sueca figuraron miembros significados de alguna orden religiosa (los Agustinos concretamente) y hasta alguna jerarquía eclesiástica (el obispo de Jaca en particular). Todo fue inútil y se consumó el atentado: el más grande novelista español después de Cervantes quedó sin el premio Nobel ²⁴.

GALDÓS Y EL «98»

Galdós había sido despreciado por la más joven «generación del 98», pero el estreno de *Electra* (1901) le convierte en admirado y casi espiritual conductor de esa generación, que en 1900 había constituido el «grupo de los tres» (Maeztu, Azorín y

²⁴ Sobre todo el proceso de su candidatura fracasada para el premio Nobel interesa consultar el libro de H. CHONON BERKOWITZ *Pérez Galdós. Spanish Liberal Crusader* (The University Wisconsin University Press, 1948), págs. 412 y siguientes.

Baroja), distinguido por su anticlericalismo y su «generacionismo». Expresión generacional de ese entusiasmo por Galdós fue la creación de la revista *Electra* (16 de marzo de 1901) con la colaboración literaria inaugural de Galdós y que editó siete números ²⁵. No mucho después empezaron las deserciones de la generación a causa de lo que entendieron como desinterés de Galdós por una actuación política. La verdad es que ese desinterés desilusionado también lo llegaron a alcanzar muchos del 98, «interiorizándose» ²⁶, al tiempo que Galdós se «exteriorizaba».

El tema de la relación de Galdós con la generación del «98» está por completar y ofrece para su consideración diferentes planos. Respecto al posible parentesco y afinidad de actitudes socio-políticas esenciales entre Galdós y los diferentes grupos generacionales de 1898, no creemos que ofrezca muchas dudas el que efectivamente existen. Renunciamos por la amplitud del problema a constatar datos y ofrecer argumentos de autoridad. Por lo que se refiere a las ideas y realizaciones estéticas o literarias, hay que convenir en que las diferencias son tan notorias como las que existen entre el realismo y el impresionismo literario, sin que pueda olvidarse el esfuerzo que a veces realizó don Benito para adaptarse a las nuevas formas literarias, esfuerzo del que queda enternecedora constancia en una entrevista con don Luis Bello. En cuanto a la actitud hacia Galdós de los hombres de la generación del «98», reducida ya su promoción prototípica, salvando ciertas efusiones emocionales de los primeros años, creemos, en contra de Guyón que afirma lo contrario —tal vez aludiendo a un trabajo mío que cita—, que la actitud genérica fue hostil. Tan sólo Azorín puede exceptuarse. Claro es que en la hostilidad hubo grados, y no fue el más suave el de don Miguel de Unamuno ²⁷. Por último, el estudio de la influencia posterior y rastro actual de Galdós y de dicha generación y el de la valoración, tanto de uno como de otra, a la luz contemporánea, es de tal magnitud y especialidad que se justifica; lo dejamos solamente planteado en el cuadro sintético del tema «El 98 y Galdós».

Quizá Galdós no pudo ver con exactitud la esencia de España tal como la buscaba o la ansiaba captar el «98» a causa de buscarla en sus más inmediatas perspectivas. Pero quienes como los maestros del «98» se afanaron en encontrarla tenían mucho que aprender de Galdós, tan impenitente idealista como contumaz realista literario; tradición genérica española desde el *Quijote*. No es justo el menosprecio de Galdós y mejor que nadie nos lo cuenta Azorín: «La nueva gene-

²⁵ El inicial regeneracionismo del 98 ha sido estudiado por Rafael PÉREZ DE LA DEHESA en *El pensamiento de Costa y su influencia en la generación del 98*, Madrid, 1966.

Lily LITUAK, «Los tres y *Electra*, la creación de un grupo generacional bajo el magisterio de Galdós» (*Anales galdosianos*, VII, 1973).

²⁶ Pedro LAÍN ENTRALGO, *La generación de mil ochocientos noventa y ocho*, Espasa-Calpe, 4.^a ed., Madrid, 1959.

²⁷ Unamuno insistió en la «vulgaridad» de Galdós («era el hombre medio el que hablaba en él» —*De esto y aquello*, tomo IV, pág. 558—). Contra esa acusación, Guyón critica a los que entre 1915 a 1930 confundían la sencillez con la vulgaridad y concretamente a Unamuno por confundir impersonalidad con objetividad (Ricardo GUYÓN, *Galdós, novelista moderno*, Taurus, 1960, págs. 139-140).

ración de escritores —afirma Azorín— debe a Galdós todo lo más íntimo y profundo de su ser; ha nacido y se ha desenvuelto en un medio intelectual creado por el novelista; Galdós —concluye— ha realizado la obra de revelar España a los españoles.»

Esa inquieta y apasionada búsqueda del ser de España —«qué es» España es lo que interesaba al «98», y «cómo es» España a Galdós— no debió olvidar que Galdós pintó como nadie la existencia española de los años que precedieron al «desastre»²⁸. Tan exacta hizo la descripción y tan latentes se encontraban en ella las íntimas ansias galdosianas de renovación que los renovadores del «98» sólo tuvieron que leerla para repudiarla, y estamos por decir que la repudiaron porque la leyeron.

GALDÓS Y LOS «REGENERACIONISTAS»²⁹

No basta citar a Galdós como antecedentes meramente semánticos del movimiento «regeneracionista», ya que en lo esencial su identificación, al menos en el punto de arranque, es casi patente. Galdós, sobre todo hacia la primera década del siglo XX, figura en la línea de la «política de realidades» que sirvió de clima al «regeneracionismo»; pero las realidades a que Galdós quería atender no eran tan sólo las que, apresuradas y a veces parcial e indocumentadamente, propugnaban muchos regeneracionistas, pues entrañaban un reconocimiento español más profundo, espiritual y antropológico. Y decimos «tan sólo» porque basta recorrer las páginas galdosianas para comprobar su preocupación por reformas concretas del campo, de la industria y de la economía de España, sin olvidar las que, graciosamente, Ramón y Cajal englobaba entre las teorías «oligohídricas» del momento.

Se salvó Galdós (en definitiva un gran artista y en aquellos años un idealista próximo a la desilusión) del ardor ingenuo de los arbitrios al uso, y este toque, mezcla de ironía y fe, de entrega y resistencia, de dolor y de esperanza, es lo que le acerca a los más jóvenes de la generación del «98».

No hemos constatado en forma cumplida la relación efectiva, directa y personal de Galdós con Costa y los regeneracionistas, pero alguna existió³⁰. Regeneracionistas fueron los que movieron a Galdós para su actuación republicana y Luis Morote fue

²⁸ Galdós reaccionó contra el pesimismo generalizado ante el desastre del 98. «La catástrofe del 98 sugiere a muchos la idea de un inmenso bajón de la raza y de su energía. No hay tal bajón ni cosa que se le parezca» (en «Soñemos, alma, soñemos»).

²⁹ El 4 de febrero de 1986 celebró sesión conmemorativa de Joaquín Costa el Instituto de España. Intervinieron en ella don Juan Vallet de Goytisolo, don Juan Velarde y don Gonzalo Fernández de la Mora. A muchos efectos señalamos que, siendo excelentes los otros dos, el del último ofrece especial interés.

³⁰ Sobre la relación entre Galdós y Costa: Reter A. BLY, «Sex, erotism and social regeneration in Galdós» (*Hispania*, núm. 62, marzo 1979, págs. 20-29); Stanley FINKENTAL, *El teatro de Galdós*, Madrid-Caracas, Editorial Fundamentos, 1980; Gustavo CORREA, *Realidad, ficción y símbolo en las novelas de Pérez Galdós: ensayo de estética realista*, Bogotá, 1967.

compañero de la candidatura triunfante en Madrid. Pero al parecer, y precisamente porque el estilo directo, nuevo y pragmático de los «costistas» abrió en Galdós algunas ilusiones, su desencanto fue mayor años más tarde.

El tema del regeneracionismo y Galdós es sumamente interesante, cuanto que está claro que el movimiento de Joaquín Costa tuvo evidente influencia en aquél y entre ellos existió una relación amistosa, al menos literariamente comprobada. Esa relación tuvo un reflejo epistolar bastante significativo, sobre todo entre los años 1901 a 1910 ³¹.

Galdós es menos pesimista que Costa y los «regeneracionistas», si bien cae al lado del utopismo idealista. Diferencia que se hace patente en el artículo —por su título bien significativo a este respecto— «Soñemos, alma, soñemos», publicado en *Alma española* en 1903 y donde lanza un verdadero programa «regeneracionista» ³². La revista *Información Comercial Española* hizo un interesante número extraordinario sobre el regeneracionismo (diciembre 1951).

GALDÓS: REPÚBLICA Y SOCIALISMO

Galdós fue proclamado candidato republicano para la capital de España en las elecciones de 1907. Se cree obligado a explicar las razones de su paso y lo hace no en un manifiesto, sino en una carta al director de *El Liberal*, que éste publica. Curioso documento centrado en el concepto de amor patrio, documento que podía firmar cualquier liberal-conservador en un momento malhumorado.

Las elecciones dan a Galdós un triunfo aplastante sobre los demás candidatos, tanto monárquicos como republicanos. Poco después se constituye, tan sólo para fines electorales —así lo condicionó Pablo Iglesias—, el «bloque republicano-socialista». Nuevo documento de Galdós, esta vez para ser leído por otro en un mitin, y nueva prueba de su moderado radicalismo. De ese documento son los conocidos párrafos henchidos de retórica patriótica y nacionalista, donde se dirige al símbolo león hispano («me encantan estas cosas viejas representativas de sentimientos que laten en nosotros»). Al poco tiempo se desliga y rompe suave y tácitamente con la causa republicana, cuyos hombres, como dijo en cierta entrevista, «... se ocupan demasiado de pequeñas cosas y no responden al mismo criterio».

Pero muchas de las visiones ideológico-políticas de Galdós se habían transformado con él en esos años y es ya ostensible la falta de entusiasmo por la clase media, a la que conscientemente había protagonizado en casi toda su producción literaria. La misma dialéctica histórica que, según vimos, le hizo trazar el aspecto dinámico de la burguesía

³¹ En Soledad ORTEGA, *Cartas a Galdós*, fechadas entre 1901 y 1905. G. J. Cheyne publicó dos cartas de Galdós a Joaquín Costa, escritas en 1901, y las comenta («From Galdós to Costa in 1901», *Anales galdosianos*, III, 1968).

³² Ello no significa que el regeneracionismo fuera sin más pesimista. Es de interés a este respecto una cita de Costa: «El español penetra dentro de sí propio y encuentra por ventura que lleva un hombre en potencia, cabalmente el hombre que nos hace falta» (*Los siete criterios del Gobierno*, 1914).

española le asoma a otros horizontes: lo dice por boca del marqués de Beramendi, personaje central de la cuarta serie de los *Episodios*: «Los tiranos somos ahora nosotros: los que antes éramos víctimas y mártires, la burguesía. Los desheredados de entonces se truecan en privilegiados; renace la lucha, variando los nombres de los combatientes, pero subsistiendo la esencia de la misma.» Estas palabras reveladoras no fueron escritas por Galdós durante el período que examinamos, sino en 1885; mas el desarrollo temático se produce en la cuarta serie de los *Episodios*, comenzados en 1902.

Lo que esta serie de los *Episodios* patentiza es el proceso interno de esa dialéctica con la aparición del «cuarto estado» y se vislumbra en ella la victoria del «mundo del mañana», como dice Galdós, sobre el «mundo de ayer». Aquél protagonizado por un pueblo cuyo concepto no tiene, para Galdós, las resonancias germano-románticas del mito del pueblo como omnipotencia histórica, ni tampoco queda localizado en su visión más parcial y revolucionaria: el proletariado.

Nadie que lea a Galdós con un mínimo de atención podrá seriamente ofrecernos una filiación socialista del autor de *Trafalgar* ni presentárnosle como plenamente consciente —en su profundidad histórico-sociológica— de la llamada cuestión social. Ni siquiera en esta etapa, que es la única en que aflora un Galdós apasionado e incluso a veces agrio. Una caprichosa antología de Galdós —artista creador, que no pensador filósofo o sociólogo— podría inducirnos a confusión a este respecto. Lo que sí resulta evidente es que, rotas o muy debilitadas al menos sus esperanzas liberales progresistas en un lento proceso educativo de España a través del conocimiento histórico de un ser peculiar, perceptor sensible de las necesidades angustiosas de los humildes, certero diagnosticador de la transformación de la sociedad de su tiempo, Galdós durante estos años se encuentra próximo a un socialismo romántico y sentimental ³³ en cuyo futuro cree, pero del que se va deslizando hacia un vago revolucionarismo social y espiritualista que sobre todo, años más tarde, hará pensar a algunos críticos que linda con esa siempre latente tendencia social-celtibérica del anarquismo.

IDEALISMO Y ENSIMISMAMIENTO

Señalamos 1912 como fecha inicial de la etapa postrera: 1912 fue la fecha en que prácticamente quedó ciego, y en sus últimos siete años Galdós se nos ofrece como auténtico personaje galdosiano. Esta conversión del auténtico personaje de su obra es la más profunda y conmovedora demostración de la identidad de ésta con aquél.

³³ Sobre las proclividades últimas de Galdós hacia el socialismo, dos buenos conocedores extranjeros de Galdós afirman: H. Chonon Berkowit (*Pérez Galdós, Spanish Liberal Crusader*, The University of Wisconsin-Press, págs. 208 y ss.): «La solución socialista le parecía impracticable». Hans Hinterhäuser: «Los artículos de Galdós en los últimos años de su vida están llenos de visiones socialistas del futuro... Pero sería completamente absurdo hacer del viejo Galdós un socialista» (*Die Episodios Nacionales von Benito Pérez Galdós*, Iberoamerikanische Forschung Institut, Hamburgo, 1961, págs. 103 y ss.).

El primero asegura: «la filosofía política de Galdós puede ser descrita como una mezcla de patriotismo ilustrado y liberal-nacionalismo».

Es la entrada de Galdós en lo que Casaldüero llama «período de la mitología y de la extratemporalidad»³⁴ y no puede entenderse sin que aludamos, siguiendo al citado autor, al proceso con que idealizó Galdós el brío renovado de sus juveniles inquietudes ideológicas y nacionales. Tres son los trazos esenciales de este proceso que ahora culmina: 1.º Renuncia a la interpretación de los hechos históricos y ansia por desvelar el misterio del ser español como ser del alma española. Esta renuncia se trasluce en la cuarta serie de los *Episodios...* (1902-1907). 2.º La realidad es ahora concebida como materia prima que la imaginación transforma para producir el mundo del deber ser. 3.º El hombre se transforma en ente imaginario, después de haber sido visto como ser histórico y abstracto en la época de *Doña Perfecta*, como ser social en la de *El doctor Centeno* y como individuo dotado de libertad en *Angel Guerra*. Todavía tiene arrestos pedagógicos y reveladores cuando, en 1909, escribe *España trágica* y *El caballero encantado*, y en 1910, *Cassandra* (episodio el primero y novela y teatro los otros dos).

Pero ya Mari-Clío, la musa histórica de Tito —protagonista de la quinta serie de los *Episodios nacionales*, que son más producto de la imaginación que de la realidad y en los que los hechos narrados no tienen más propósito que el de enseñar de forma simbólica y moral—, ya Mari-Clío, repetimos, termina el último «episodio nacional» en 1912 (*Cánovas*), diciendo estas palabras, que Galdós no se decide a poner en boca de Tito (su representación autobiográfica), sino de su musa: «Los tiempos buenos que te anuncié has de verlos desarrollarse en años y lustros de agonía, de lenta parálisis que os llevará a la consunción y a la muerte. Alarmante es la palabra “revolución”, pero si no inventáis otra menos aterradora, no tendréis más remedio que usarla los que no queráis morir de la honda caquexia que invade el cansado cuerpo de la nación. Declaraos revolucionarios, díscolos, si os parece mejor esta palabra, contumaces en la rebeldía... y mientras no venzáis a la muerte, no os ocupéis más de Mari-Clío. Yo, que ya me siento demasiado clásica, me aburro, me duermo...»³⁵.

EPÍLOGO MELANCÓLICO

Fue la bondad radical una de las más acusadas coordenadas antropológicas de Galdós. Bondad no ingenua, pues tenía por fondo la ironía, ni laica, porque tenía por fundamento el amor de su más genuina esencialización juanica y cristiana. Conociendo su bondad no puede extrañarnos que ese arrobó lírico, espiritualista y entrañable, coincidiera con un apagamiento de la fama de Galdós e incluso con lamentables desaires

³⁴ Joaquín CASALDUERO, *ob. cit.*, págs. 160 y ss.

³⁵ El sueño de Mari-Clío son los sueños de Galdós, ciego y enclaustrado, de los últimos años de su vida. Esos sueños dieron cuerpo, mejor, dieron alma a su última producción literaria: una novela (*La razón de la sinrazón*), fábula teatral, absolutamente inverosímil —como la definió el propio Galdós—, y cinco piezas teatrales. Esos sueños son los que Casaldüero denomina el sueño de «lo social» (*Celia en los infiernos*, *La razón de la sinrazón* y *El tacaño Salomón*), el sueño del individuo (*Alceste*) y el sueño del «tiempo» (*Santa Juana de Castilla*); no son pesadillas, sino placenteros transportes a un mundo fantástico y feliz iluminado por la justicia y por el amor (Joaquín CASALDUERO, *ob. cit.*, págs. 168 y ss.).

y sinsabores. El único motivo de satisfacción pública fue la inauguración del monumento de «El Retiro». Contra los deseos fervientes de Galdós, que le quería y elogiaba, el Rey no pudo asistir (porque no se lo permitió el Gobierno) a la inauguración del monumento; tampoco se estimó conveniente rendir honores oficiales al cadáver de don Benito. Quien sí le rindió honores máximos fue el pueblo de Madrid, representando al de toda España, que en inmensa y estremecedora oleada humana caminó tres horas tras los restos del «abuelo»³⁶.

«Dejádnoslo, que es nuestro», se oyó decir en la plaza de la Independencia. Y a partir de allí todo protocolo fue imposible. La marcha hacia la Almudena, respetuosa y vibrante, tuvo menos patetismo que el regreso silencioso, cabizbajo y resignado; fue entonces cuando el pueblo español, allí presente, sintió en lo más hondo de su alma la irremediable orfandad de don Benito.

«Es lo bueno que tiene nuestra sociedad —puso Galdós un día en labios de Pepe Fajardo, marqués de Beramendi—: el que en ella las clases se dislocan, se compenestran y van prestándose unas a otras sus elementos y haciendo correr la savia social por las ramas de diferentes árboles que, injertados entre sí, llegan a constituir un sólo árbol.» Y en *Fortunata y Jacinta* insiste sobre la misma idea añadiendo: «Esta confusión es un bien, y gracias a ella no nos aterra el contagio de la guerra social, porque tenemos ya en la masa de la sangre un socialismo atenuado e inofensivo.»

Si las cosas no ocurrieron así, pocos españoles estarán tan libres de culpa como don Benito Pérez Galdós, cuya figura humilde, dispersa y misericordiosa —termino con una bella cita de María Zambrano³⁷— se nos ofrece «para satisfacer nuestra necesidad de conocimiento, nuestra extrema pobreza en el saber de aquello que más nos importa».

³⁶ Sobre los últimos días, muerte y entierro de Galdós hay un bello trabajo de Pablo BELTRÁN DE HEREDIA, «España en la muerte de Galdós» *Anales galdosianos*, V, 1970, pág. 89). En él se consignan las pruebas elocuentes de muchos homenajes, la cicatería política oficial y el sectarismo de unos pocos, pero sañudos incondicionales de la intolerancia.

³⁷ María ZAMBRANO, *La España de Galdós*, Cuadernos Taurus, 1960, pág. 93.

